

# Rezando el Padrenuestro (II)

*En noviembre del año 2009, la Congregación Mariana de la Asunción pidió a Sole que diera una charla a los congregantes. Sabían que su testimonio de fe podría ayudarles mucho. Estas fueron sus palabras. Se ha procurado retocarlas lo menos posible para no perder su estilo: tan profundo y tan sencillo.*

## *Santificado sea tu Nombre*

Santificado sea tu Nombre, que sea santificado, ¿Qué puedo hacer, Señor, para santificar tu Nombre? Pues no puedo hacer nada... y cada vez menos porque estoy muy limitada. Pero es que Tú no quieres que yo haga, sólo quieres que esté aquí santificándote y bendiciéndote, aceptando alegre porque estás conmigo. Y como decía la M. Teresa de Calcuta, “concédeme, Señor, seguir sonriéndote”. Aunque no vea concédeme, Señor, seguir sonriéndote y así hacer que tu Nombre sea bendecido por los demás, que te conozcan a través de mi sonrisa. Últimamente mi sonrisa está fatal porque tengo un problema en la boca, mis hijos me dicen: “Mamá, estás muy seria.” Y digo: Ya fatal sí yo lo único que tenía era la sonrisa y ahora me la quitas... Señor, no sé qué quieres. Pues nada, que siga aquí. Señor, Tú sabes que tengo sufrimiento físico, limitación y mucha renuncia y te lo ofrezco a mayor gloria tuya.

A veces me pasa, Señor, que no veo nada, tengo días de mucha oscuridad y sin embargo otros te veo a través de mí. Y ya no entiendo nada. Si eso es así, Señor, para gloria tuya. Señor, que no deje de bendecir tu Nombre.

## *Venga tu reino*

Tu reino, ¿cuál es tu reino, Señor? Es un reino de paz y de amor. Tu reino, Señor, no es un reino de éxitos humanos. Ya nos lo dijo tu Hijo pero no nos lo creímos y seguimos tan torpes y empeñados en los éxitos, en el bienestar, en buscar el confort, el lujo, el éxito profesional y personal. Que no, que no, cuando te busco profundamente encuentro cruz y cuando saco fuerzas para seguir buscándote me encuentro otra vez con la cruz. Pero Tú nos has enseñado que la cruz no es el fin, solo es el camino a tu reino de amor.

Aunque estamos aquí, nos enseñas a buscar y pedir tu reino. Me has enseñado, Señor, que tu reino está dentro de mí y no fuera, porque los días que estoy con menos fuerzas y te digo: “hoy toca estar sentada, en casa y nada más”, esos días muchas veces tengo tu paz y tengo tu reino y veo en todos tu amor. Veo que tu reino está dentro y muchas veces lo buscamos fuera. Tantos días nos pasa que tienes un disgusto porque te dan una mala noticia o porque te encuentras fatal y dices: voy a llamar a mi hermana a contárselo y de repente hay días que digo: primero se lo voy a contar al Señor, me voy a consolar con Él, voy a buscar en Él. Y luego ya llamo a mi hermana. También se lo cuento a María, la Madre, porque Ella me consuela.

Tu reino es de luz. Dame luz, “que vea”, como el ciego al borde del camino. Tu reino es Amor. Pido conocimiento interno de tu corazón de Padre. Aunque no siempre lo sienta. Dame a conocer tu amor a través de tus caricias. Y ¿cuáles son tus caricias? Tantas como me has dado. A veces pienso: “Tú tienes mucha cara porque querías ir de rositas toda la vida”. Tengo 43 años y llevo 3 enferma pero ¿y los 40 anteriores? ¿cómo me han mimado!: Mis padres, mis hermanos, el Mater,

mi marido, mis niños, tanta formación, tantos sacerdotes, la Congregación Mariana... Y eso, ¿qué pasa?, ¿que de repente te olvidas? ¿No es ése tu reino? Esas son tus caricias.

Señor, concédeme con tu gracia transmitir tu amor, ese reino de amor a las personas que me encuentro a diario porque, si ellos saben que les amas, ellos amarán a otros y así se extenderá tu reino. Tu reino aquí en la Tierra es de fe y de esperanza. No me quites la esperanza Señor, no me ocultes tu rostro. (...)

## *Hágase tu voluntad*

Hágase tu voluntad, Señor, pero que la aceptemos y sonriamos y estemos alegres. “Hágase tu voluntad”, es el Fiat de María. Dirijo mis ojos a María que aceptó. Hágase tu voluntad, por supuesto, pero luego la vida de la Virgen fue larga y tuvo muchos momentos difícilísimos y Ella confió, meditó y creyó en paz y en silencio. Siempre me la imagino con una sonrisa. En la enfermedad, Ella es la que me acompaña, está junto a mí en silencio. Me gustaría que me hablara más pero Ella es muy silenciosa y siempre me dice: estás aquí y yo estoy junto a ti. Junto a la cruz siempre estoy yo. Junto a la cruz siempre está María, siempre... y yo siempre la encuentro a Ella. Gracias, María.

## *Danos nuestro pan de cada día*

Danos hoy nuestro pan cotidiano. Yo me levanto cada día gracias a ti, Señor, y mi primer pensamiento va a Ti y te ofrezco el día. Lo que toque hoy, si toca fuerza, fuerza y si no toca fuerza, pues... pues, Tú dirás. Te pido todos los días fuerzas, fuerzas físicas para seguir luchando, para poder educar a mis hijos que son mi ilusión, porque son un motor en mi vida. Fuerza para aceptar pero, más que fuerza física, te pido esperanza, luz y alegría.

## *Y perdona nuestras ofensas*

Perdona mis ofensas, Señor. Aquí te voy a pedir perdón por cuatro cosas. Hay muchas pero te voy a pedir perdón por cuatro:

La primera son mis fluctuaciones. Hay temporadas que me encuentro mal, pero hay temporadas que me encuentro bien y cambio de manera de vivir. No diré que me olvido del Señor pero no me acuerdo tanto de Él. Perdóname, Señor, porque cuando me das fuerzas me voy de paseo, a vivir mi vida, y sin embargo, cuando me haces sentir la cruz no dejo que apartes tus ojos de mí, porque estoy ahí todo el día. Perdóname, Señor, por mis fluctuaciones cuando me encuentro bien.

Te voy a pedir perdón por una cosa que a lo mejor choca pero que he entendido recientemente. He querido evitar la cruz de todos los que estaban a mí alrededor... a mis padres, a mi marido, a mis niños. Entonces, si puedo, me callo y no cuento nada... y de repente digo: “Pero ¡si no tengo derecho!”. A veces, por caridad, intentas poner una media sonrisa. Pero he comprendido que el Señor nos está mandando esto a mi marido y a mi juntos. Lo he entendido hace muy poquito y lo he hablado con él. Él me quiere y me apoya siempre y tiene una ternura conmigo extraordinaria me encuentre bien o mal, esté en el hospital o en casa, da igual, él comparte conmigo todo. Él me lo venía diciendo: oye, que esto es de los dos y yo decía: sí, sí, como que tú te estas enterando de esto... y, de repente, he comprendido que es de los dos y que lo está viviendo conmigo. Ahora me cuesta menos renunciar a las cosas y la limitación. Y si no salimos, pues no salimos, da igual, estamos tú y yo y estamos tan contentos. Otra cosa que quiero hacer siempre es evitar el sufrimiento a mis hijos. A lo mejor es su camino y a través de la enfermedad de su madre el Señor les toca el corazón. A

lo mejor no tengo que evitársela sino ayudarles a entenderla. Perdona, Señor, porque no me estaba enterando de nada.

Tercera cosa: perdona, Señor, porque a veces me desespero. No lo llamo desesperación es desesperanza, es falta de esperanza porque no veo nada. Tengo que aprender a saber que eso es una tentación. Porque aunque no veamos, el Señor está ahí con nosotros, lo hemos visto tantas veces... A veces pienso: esto que estoy viviendo es una fantasía morisca, que el Señor me quiere, que la enfermedad es una manera de ayudar a la Redención... ¡pero qué cuento chino! esto también es una tentación porque ¡claro que el Señor tantas veces me ha hecho ver que la cruz es el camino, es Redención! Pues mi pequeña cruz ahí va también.

Perdona Señor, esta es la cuarta, porque a veces, como dice el Apocalipsis, “tengo contra ti que te has olvidado del primer amor”. Perdona, porque yo a veces me olvido de ese primer amor, de ese amor que Tú me tienes y que me has hecho a veces hasta sentir. Perdona, Señor, y ayúdame a que sigamos siempre juntos y a que cuide esa relación, ese cariño que Tú me tienes. Que no me olvide de que Tú me has cuidado desde el principio. Que me viste, que me cuidaste, hiciste una cerca alrededor mío, me conquistaste... que no se me olvide.

## *No nos dejes caer en la tentación*

No nos dejes caer en la tentación. Esta es la tentación: pensar que no me quieres, que no me miras, que no te siento, que esto no es verdad. Que no es verdad tu amor, la fe, la esperanza, líbrame de esa tentación Señor, no me dejes caer.

Y llego al final: y líbrame del mal. El otro día, una persona que me quiere mucho, me decía que estaba escandalizada con el Padrenuestro, y yo le decía: y ¿por qué? Pues que de repente llevo tres años aquí rezando “y líbranos del mal, libra a Sole del mal y libra a Sole de la enfermedad” y de repente he entendido que el mal no es la enfermedad, que el mal es el malo, el pecado, el tentador y se me caído todo porque llevo rezando el Padrenuestro y lo estaba rezando mal. Y ella, porque era mi madre la que me lo decía, decía: es que no puede ser, es que no puede ser que el mal no sea la enfermedad. Pues a lo mejor nos estábamos equivocando y estábamos rezando mal.

El P. Iglesias traduce: antes bien, líbranos del malo. Que parece así de película de Western, líbranos del malo. Pues sí, que yo no identifique el mal con la desgracia. A lo mejor uno tiene una desgracia, de una falta de salud, de un problema de un hijo, o de un problema económico... y resulta que el Señor me está acercando más a su Corazón... entonces el malo es otro.

Ya termino, vuelvo al principio: Padre, Padre nuestro. Amén. Amén es amén. Sí, aceptamos todo y volvemos al principio. Ahora vuelvo a darte las gracias, gracias por esto.

Gracias por la vida porque, aunque es difícil a veces, es tan bella. Gracias por tu Madre y gracias por toda la gente que nos quiere y gracias por los medios y por toda la Congregación Mariana y por todos los congregantes, gracias Señor.



*Soledad Pérez de Ayala,  
Congregante Mariana.*

*Texto completo en: <https://soledadperezdeayala.matersalvatoris.org/documentacion/#escritos>*

## Testimonio

Sole y yo nos conocimos con 12 años, cuando entré en el colegio. Nos hicimos amigas casi inmediatamente, de forma natural. Fue mi amiga desde entonces, adaptándonos a las circunstancias de nuestras vidas, sin distanciarnos. Desde los años de adolescencia, con universidades distintas, amigos distintos, trabajos, maridos e hijos, incluso países distintos.

No digo nada nuevo. Era profundamente buena y exquisitamente educada. Las dos cosas estaban muy unidas. Siempre pensaba en el Otro, con mayúsculas, en concreto, pero sin rigideces, sin lecciones moralistas, con una naturalidad pasmosa, como si no le costara. Y por supuesto que le costaba, cualquiera sabe lo que cuesta esa delicadeza, ese autocontrol, ese salir de sí mismo para no ser nunca protagonista, para estar en el lugar del que tienes enfrente.

Fue -y sigue siendo- punto de referencia, porque hablábamos de lo divino y de lo humano. Desde mis dudas religiosas, a política, o al chico que nos gustaba y de cosas más triviales y básicas. Se podía hablar con ella de todo.

Porque ella sabía cómo hablarme, podía decirme de todo. Porque me quería, podía decirme de todo. Y si algo no le gustaba, o no estaba de acuerdo, me lo decía con su exquisita educación. Era uno de mis anclajes morales y emocionales.

No quiero entrar en cómo afrontó y vivió su enfermedad. Parte de ese tiempo yo vivía fuera. La otra parte, en la que la visitaba y seguíamos hablando y hablando, ver a super Sole contar sus miedos o sus arrepentimientos – por supuesto, tontísimos-, la hacían todavía más ejemplar, más fuerte, más humanamente santa.

El 3 de abril de 2017, me operaron de urgencia de un absceso infeccioso en la faringe, el cual me provocó una septicemia y además una infección de las vértebras cervicales C1 Y C2. Estuve dos meses hospitalizada, con un tratamiento posterior que se alargó un año.

La infección se controló, la osteomielitis se curó, y casi no hubo secuelas, gracias a los antibióticos, a los médicos, enfermeras y personal del hospital, y al amor de todos los que me acompañaron. Estoy curada y viva.

Lo que quiero contar es cómo me ayudó Sole, en ese momento de mi vida.

Me desperté de la anestesia cuando me estaban desentubando. Llevaba ya diez días de dolor extremo. Me costaba respirar, no podía tragar, y la saliva me ahogaba. No podía hablar. Sentía alivio, porque había

pasado la operación, pero también una gran angustia. Había pasado toda la noche inconsciente pero lo oía y registraba todo, los enfermos de alrededor y sus familiares, los comentarios de las enfermeras, del médico a cargo.

¿Y Sole? Pues Sole estaba a mi lado, a la izquierda de mi cama. A veces a los pies de la cama. Vestida igual que cuando teníamos 17 años. Sole intemporal. Me sonreía, sin hablarme. Y yo, le hablaba sin poder hablar. Estaba muy enfadada. Sentía angustia e ira. Le decía a Sole: “no te enteras, Sole. Somos antes biológicos, insignificantes seres biológicos. Llega un estreptococo enano, y te mata. Sufrimiento ¿Y dónde está Dios, el Providencial, el que nos cuida? Dios el Ausente, Sole, que no te enteras, aquí manda la Biología”.

Y Sole me dejaba insultar, me sonreía, me acompañaba.

“Sole, que mi sufrimiento, como tú decías, me hermana con los demás que sufren en Cristo, pero ¿por qué hay que sufrir, Sole? Y Sole me seguía sonriendo, me escuchaba, no me regañaba, me quería. Ella seguía sonriendo, recogía mi ira, mi miedo, mi angustia, con cara de “venga, so bruta, desahógate, que no te oiga Dios, que a mí me lo puedes contar, que no te dejes sola”.

En mi “noche oscura” en la UCI, no me dejó sola ni un minuto. Cuando me subieron finalmente a la habitación, ya no la sentí más. La tenía presente, pero como siempre desde que murió, en la representación intelectual de mi recuerdo, el que borra las caras.

Sé que estaba hasta arriba de calmantes para el dolor... pero ¿Por qué no me acompañaron mi Abuela, o mi Madrina, a las que adoraba? Ni lo sé ni me importa. Lo que sí sé es que ella estuvo allí, cuando la necesitaba. Que su recuerdo, sus enseñanzas, son tan importantes para mí, que son las que elijo para poder llevar adelante mi vida, de la mejor manera posible. Que es a la que encomiendo mis hijos y mi marido. Que, en definitiva, es mi Ángel de la Guarda.

Guardo de aquellos días un cuadernito, donde iba apuntando lo que me pasaba cada día. Quería acordarme de todo y de todos los que me acompañaron. El cuadernito empieza con las siguientes palabras:

“Sole con solo mirarme me cura. Yo hablo y reprocho. Grito mis miedos a Dios, a Cristo y a Sole. Ellos los recogen y me sostienen. Me salvan. Perdón, perdón, perdón. Gracias, gracias, gracias”.

CGLG, abril 2019

Soledad nació en Madrid el 3 de septiembre de 1966 en una familia cristiana. Desde pequeña gozó del cariño de sus padres, hermanos y abuelos. Empezó sus estudios en el *Institut Saint Dominique*. Allí recibió la Primera Comunión y dio sus primeros pasos en el aprendizaje de los idiomas, por los que siempre tuvo una gran afición. Cuando tenía 12 años se trasladó al Colegio Mater Salvatoris de Madrid. Al acabar el bachillerato, se consagró a la Virgen en la Congregación Mariana Mater Salvatoris, cuya espiritualidad vivió fielmente con el deseo de ser las manos visibles de María en la tierra.

Estudió la carrera de Filología Inglesa en Madrid y acabó sus estudios en Nottingham. Ganó dos oposiciones, una de ellas, la de Profesora Titular en la Universidad Complutense, tarea a la que se dedicó con entusiasmo.

Se casó y tuvo tres hijos. Junto con su marido, procuró hacer de su familia un hogar cristiano, dando testimonio del Evangelio en las circunstancias concretas de su vida. Fue siempre entre sus amigos y conocidos testigo de la bondad y el amor de Dios que ella irradiaba con su amabilidad y delicadeza características.

En enero de 2006 -escribió- cuando con más intensidad buscaba yo hacer la voluntad de Dios en mi vida, el Señor me hizo ver que iba a tener una enfermedad, para la conversión de mi corazón y quizá la de algunos otros, y para gloria Suya. Al poco tiempo le diagnosticaron un cáncer. Deseó siempre abrazar la voluntad de Dios y durante cinco años luchó con valentía, apoyada en todo momento por su marido y su familia. Atravesó momentos de dificultad y oscuridad en los que se refugiaba en el amor de Dios Padre. El Señor fue purificando su alma y le fue enseñando a confiar y a abandonarse haciendo de su debilidad y su dolor una ofrenda por la salvación de las almas. A lo largo de su enfermedad, con la sonrisa en los labios, su fe y su unión con Dios se hicieron más y más fuertes, más luminosas. Su oración se nutría de la Sagrada Escritura. Le gustaba repetir este versículo del Salmo 62: *Te alabarán mis labios, mis labios te alabarán jubilosos*. En paz descansó en el Señor el 13 de febrero de 2011.

A.M.D.G.

### Oración

Para la devoción privada

Señor Dios nuestro, Tú concediste a tu hija Soledad un amor grande a la Virgen María y un deseo ardiente de vivir unida a Ella su vocación de esposa, madre y profesora universitaria hasta llegar al pie de la cruz y ofrecer el dolor y la enfermedad por la salvación del mundo. Concédenos por su intercesión la gracia que te pedimos para que, si es tu voluntad, podamos verla incluida en el número de tus santos y nazca en nosotros el mismo deseo de santidad a mayor gloria de Dios. Amén.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

De conformidad con los decretos del papa Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.



Se ruega comunicar los favores recibidos por su intercesión a:  
Congregación Mariana Mater Salvatoris | Calle Valdesquí n.º4 - 28023 Madrid.  
[sole@matersalvatoris.org](mailto:sole@matersalvatoris.org)

Quienes deseen enviar donativos pueden hacerlo a la cuenta:  
ES93 0128 3865 2101 0000 5571 - “Causa Soledad Pérez de Ayala”

[www.soledadperezdeayala.matersalvatoris.org](http://www.soledadperezdeayala.matersalvatoris.org)

# Soledad Pérez de Ayala

CONGREGANTE MARIANA

## Rezando el Padrenuestro (II)

BOLETÍN N.º3  
ENERO 2021